

## A modo de introducción

Tras que en mayo de 1902 los gobiernos de la Argentina y Chile se comprometieron a solucionar de forma pacífica las cuestiones suscitadas por la demarcación de límites de su vasta frontera compartida –unos 5 300 kilómetros– ambas repúblicas se vincularon por décadas en un templado pulso de políticas comunes y en un natural acercamiento de vecindad entre sus habitantes. Si en los ámbitos castrenses persistieron las hipótesis de guerra –«la lógica amigo-enemigo alimentaba el pensamiento de los militares chilenos y argentinos por igual», advierte Cornut<sup>[1]</sup> los lazos humanos que se tendieron atravesando en uno y otro sentido las laderas de los Andes, fueron favorecidos por intereses concretos, destacando entre ellos el asociado con el manejo de los imperios ganaderos que se establecieron en la Patagonia argentina, sostenidos en gran parte por mano de obra chilena, que también de forma espontánea sería buena para trabajar en el desarrollo de las industrias del carbón y del petróleo.

El cauto *tempo* que mantuvieron las relaciones oficiales se alteraron de forma abierta con las suspicacias que el peronismo en el

---

[1] Hernán Cornut, «Pensamiento, profesionalización militar y conflicto en el ámbito del ABC a principios del siglo XX», en *PolHis*, n.º 20 (2017), pág. 137.

gobierno generó en amplios sectores políticos<sup>[2]</sup> y religiosos chilenos.<sup>[3]</sup> El telón de fondo de unos 400 000 trabajadores chilenos ganando su sustento en la zona sur de la Argentina y un intenso intercambio de productos básicos que presagiaban buenas bases para una integración económica, podían tanto entusiasmar como preocupar. Mas sucedió lo último: volvieron a emerger imágenes que parecían anestesiadas en las dos sociedades, encontrando en las antiguas diferencias de lindes territoriales, un elemento fuerte de desconfianza, competencias y rivalidades. Si con los temas limítrofes comenzaba a dominar –al decir de Joaquín Fernandois– la percepción del otro como «adversario histórico»,<sup>[4]</sup> la convulsión política que la Argentina vivió tras la «Revolución Libertadora» de 1955 que expulsó del poder al presidente Juan Domingo Perón –hombre fuerte del país desde fines de 1943–, contribuyó a la agudización de las discrepancias.

- 
- [2] Véase Leonor Machinandiarena de Devoto, *Las relaciones con Chile durante el peronismo*, Buenos Aires, Lumiere, 2005; también Delia Otero, «Propaganda Política y Relaciones Interregionales. Chile y Argentina durante las presidencias de Ibáñez y Perón», en *Estudios Latinoamericanos* (2009); Joaquín Fernandois, «Entusiasmo y desconfianza. Populismo y relaciones internacionales en el caso Perón-Ibáñez, 1953-1955», en *Ayer*, vol. 98, n.º 2 (2015).
- [3] El diplomático y periodista chileno Alejandro Magnet escribió: «la campaña anticatólica de Perón, que movilizó sin escrúpulos a la hez del populacho y removió también la hez de muchos resentimientos contra “los curas”, no alcanzó a provocar un odio profundo hacia la Iglesia». Fundador del Partido Demócrata Cristiano de Chile, añadía respecto al «problema de la responsabilidad política de los católicos», conciencia colectiva que consideraba no se había presentado tan nítidamente en la Argentina, «se suscitó en Chile ya el siglo pasado y ha tenido aquí periódicos replanteamientos», en Alejandro Magnet, *Nuestros vecinos argentinos*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1956, págs. 281 y 284, respectivamente.
- [4] Joaquín Fernandois y Michelle León Hulaud, «¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? Chile y Argentina en el momento de incertidumbre (1955-1973)», en *Argentina-Chile y sus vecinos (1810-2000)*, coord. por Pablo Lacoste, Córdoba, Caviar Bleu, 2005, vol. II, pág. 99. Este capítulo de Fernandois-León Hulaud resulta una excelente inspiración para poner en diálogo con nuestra propia investigación. Claro está, antecedente que se suma a los textos clásicos de Fernandois, *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional y Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*.

Lo primero surgió del asentamiento de principales dirigentes del peronismo perseguidos por la Libertadora y «su» justicia: el gobierno del general Carlos Ibáñez del Campo –amigo político de Perón– concedió asilos políticos sin imponer una vigilancia rigurosa a los muchos prófugos reclamados por el gobierno de Buenos Aires, que se sumaba a la tensión generada por la investigación legislativa que buscaba conocer la penetración política peronista operada en Chile.<sup>[5]</sup> Hubo un fuerte rumor en torno a que Perón tenía intenciones de hallar refugio estable en la república vecina, para estar cerca de la Argentina, mientras un comando de exiliados instaló en las afueras de Santiago una radio para transmitir propaganda properonista y muchos desterrados habían encontrado empleos en diversas ocupaciones.<sup>[6]</sup> Entre la numerosa colonia de refugiados en Chile se hallaba hasta Juana Ibarguren, madre de la fallecida primera dama Eva Perón, y sus hermanas que vivieron allí modestamente por tres años. Durante ese tiempo, la dictadura del general Pedro Eugenio Aramburu no había dejado de presionar al gobierno de Santiago para que decretara extradiciones y expulsiones, como la del financista Jorge Antonio Chebene, delegado personal de Perón.<sup>[7]</sup> Una cierta distensión se produjo con la amnistía para presos y exiliados políticos que otorgó el ungido presidente argentino Arturo Frondizi en 1958. Pero ella fue breve pues ese mismo año se produjo «un *in crescendo* de incidentes»,<sup>[8]</sup> al reclamar la Argentina la libre navegación por el canal de Beagle y las islas adyacentes, zona austral sin delimitación precisa. Desde entonces, un subibaja de actitudes y resoluciones caracterizaría

- 
- [5] Véase Samuel Amaral, «Feminismo y peronismo en Chile: ascenso y caída de María de la Cruz», en *Todo es Historia*, n.º 321 (abril de 1994); Delia Otero, «Las complejas relaciones entre el Partido Peronista Femenino y el Partido Femenino de Chile (1952-1955)», en *XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Catamarca, 2019.
- [6] Beatriz Figallo, «La Argentina, el Cono Sur y las migraciones políticas tras el derrocamiento de Perón», en *Enfoque Social*, n.º 12 (2007), pág. 100.
- [7] *La Prensa*, Lima, 17 de febrero de 1958, en Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Madrid (AMAE), R. 6.518, expediente 11.
- [8] **Fernandois y Hulaud, «¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? Chile y Argentina en el momento de incertidumbre (1955-1973)», *op. cit.*, págs. 103-104.**

el espinoso proceso de resolver los contenciosos pendientes. El plano técnico en que se desarrollaban las anuales reuniones de trabajo de la comisión mixta chileno-argentina de Límites comenzaron a desprenderse de las negociaciones diplomáticas a la par que gestos, reacciones, tomas de posición sectoriales y expresiones de máximas autoridades, alimentaban impresiones divergentes. Mientras se observaría con alarma la visita de Frondizi a la Base Naval de Ushuaia en la zona del Beagle, en enero de 1960, en el Senado chileno se escucharon acusaciones contra el expresidente Ibáñez del Campo considerando que había dejado al país en estado de marcada inferioridad frente a sus vecinos, criticando la escasa atención prestada al fortalecimiento de las relaciones con Brasil, como «necesario contrapeso a las pretensiones argentinas».<sup>[9]</sup>

Tres cordiales encuentros entre los presidentes Jorge Alessandri y Frondizi no lograron cristalizar en convenios limítrofes perdurables. Para más, el primer mandatario argentino fue derrocado por los militares y quién inopinadamente ocupó el Poder Ejecutivo, el senador José María Guido, casual presidente del cuerpo legislativo, se las tuvo que ver con sangrientos enfrentamientos internos entre las fuerzas armadas. En ese intervalo institucional, Estados Unidos pareció encontrar en Buenos Aires un pivote importante para su política sudamericana, a sumar al enclave proestadounidense que constituía el Paraguay del general Alfredo Stroessner. Voces de la diplomacia extranjera pontificaban: «El peligro de subversión comunista es inexistente en la Argentina mientras la amenaza bolchevique es grande en Chile y en el Brasil».<sup>[10]</sup> Pasado un año, el grupo legalista de las fuerzas armadas que se había impuesto a los militares golpistas que no aceptaban ni la más mínima participación de abiertos partidarios peronistas en la vida gubernamental del país, lograron hacer celebrar el 7 de julio elecciones generales, entregando el poder el 12 de octubre de 1963 al candidato más votado. El médico Arturo Humberto Illia, de la Unión Cívica Radical del Pueblo, mediando la proscripción del peronismo, fue electo presidente.

---

[9] AMAEE, R. 5.990, exp. 24, Santiago, 7 de enero de 1960, de embajador Tomás Suñer y Ferrer a ministro.

[10] AMAEE, R. 6.903, exp. 14, Washington, 27 de diciembre de 1962, de embajador a ministro.

Con este panorama, en el transcurrir de la controlada democracia argentina de Illia, ya durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, primer presidente demócratacristiano de Chile, el flujo entre ambos países experimentará una fuerza centrípeta, novedosa y creciente, ejercida desde el territorio chileno. La coincidente legalidad institucionalidad que se establecería a ambos lados de la cordillera de los Andes entre 1963 y 1964, constituyen el punto de partida del análisis que encara el presente libro. Ambas experiencias permitían abrigar expectativas de convergencias ciertas entre las dos naciones que casi se parieron juntas en el siglo XIX. Una década demostraría los escollos y las limitaciones de las posibilidades de aquel alineamiento democrático. En el otro extremo, el hito que constituye el año 1973 requiere menos justificación: en apenas seis meses de vértigo ocurrieron acá y allá, con todos sus ingredientes de conflictos y muertes, el triunfo popular del peronismo proscripto y la defenestración del gobierno socialista de Allende.

Chile había ido consolidando, después de la Segunda Guerra Mundial, una condición regional de excepcionalidad por la estabilidad de su sistema político en un Cono Sur en el que la democracia pasaba a ser más la salvedad que la regla. Ello contribuyó para que Santiago se ofreciera como una locación apropiada para albergar sedes y secretarías de importantes organizaciones globales y continentales. Eran tiempos en que avanzada la Guerra Fría, América Latina había venido siendo interpelada por el reto que constituía la propagación de la Revolución Cubana. Circunstancia y condición que hicieron visualizar a la capital chilena como un laboratorio democrático. A la vez, o por ello mismo, fue adquiriendo el perfil de un tolerante espacio receptivo para acoger a quienes resistían las consecuencias políticas y represivas de una regional involución autoritaria, preventiva de la expansión de las izquierdas. Entonces, junto a la radicación de obreros chilenos apremiados por la escasez de empleos e incluso la miseria en su propia tierra –concentrados en el sur de ambos países– se comenzaría a operar un fenómeno distinto y en contraria dirección, no exclusivamente argentino-chileno sino de matriz transnacional: el tránsito de militantes políticos, los viajes de jóvenes con inquietudes socioculturales, la estancia cuando no el exilio de profesores y científicos latinoamericanos

así como de curiosos intelectuales europeos y hasta el traslado de cuadros guerrilleros. Entre los años sesenta y principios de los setenta, la introducción de estos cambios en las causales por las que se producían los desplazamientos humanos, sería enmarcado en el inquietante resurgir de un período de discrepancias limítrofes, que partió en 1965 de un sangriento incidente en la disputada zona de Laguna del Desierto, para alcanzar el punto culminante en 1978 y su «casi guerra».

Para cuando en junio de 1966 un nuevo golpe de estado derrocó al presidente Illia, la democrática «Revolución en Libertad» de Frei se tendría que medir con un régimen militar de declamada vocación desarrollista, la «Revolución Argentina», que se había hecho con el poder revestido de un afán de regenerar la nación, empresa para la que no se planteaban plazos. Ese *vis a vis* produjo un momento inquietante cuando en 1970 Salvador Allende fue electo presidente de Chile. Los comicios generales, polarizados entre derecha e izquierda o más bien anticomunismo y comunismo, volvieron a tensar el sistema político, replicando la expectación que despertó en 1964 la asunción de Frei. Triunfante Allende, la llegada al poder de un marxista declarado, por medios pacíficos, ofrecía una alternativa democrática a la experiencia que Fidel Castro estaba desplegando en Cuba. El régimen militar argentino, de claro tinte anticomunista, contempló con aprensión la posibilidad de exportación de ese modelo, que sus extensas fronteras de muy difícil control podían favorecer.

Entre 1970 y 1973, Chile y la Argentina experimentaron un dinamismo bilateral inédito. Aunque se ha considerado que el condicionante geopolítico fue el desencadenante de la energía propulsora que unió ambos gobiernos, se infiere que las relaciones entre una democracia de izquierda y una dictadura de derecha, en plena disputa bipolar y tras graves incidentes fronterizos, recibió incentivos más complejos para acercarse. Si en Chile se temía una coalición entre Brasilia y Buenos Aires,<sup>[11]</sup> en la Argentina se recelaba del emergente poderío brasileño, que operó contra la posible «formación de un frente anticomunista que tuviera a Chile

---

[11] Fermandois y Hulaud, «¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? Chile y Argentina en el momento de incertidumbre (1955-1973)», *op. cit.*, pág. 133.

como su objetivo prioritario». <sup>[12]</sup> Sin negar este extremo, de por sí relevante, subrayamos la importancia de la política interna, aunque en lectura transnacional. Ello implica resaltar la imagen del Chile allendista como un sitio de protección y refugio para la guerrilla, que generó desconfianza entre los militares argentinos, pero que a la par se iría transformado en pieza útil para una profundización estratégica de la relación bilateral, ideada por el tercer presidente de la Revolución Argentina, general Alejandro Agustín Lanusse –y su círculo– a partir de marzo de 1971, de cara al futuro político nacional y el suyo propio. Preferible un presidente marxista democrático capaz de contener el conjunto de fuerzas del progresismo y la revolución en su propio territorio, contribuyendo a diseñar un país económicamente más justo e igualitario, que abrir la región a un caos inmanejable por perseguir el comunismo. Era tenderse las manos, como una de las maneras de protegerse.

Ese condicionante no quita hierro al resto. Bajo el marco geopolítico que porta lo regional, es dable advertir que durante los gobiernos de Frei y de Allende se produce una mutación –o acaso la coexistencia–, desde una idea de límite construida de forma sostenida por décadas –como línea de separación entre estados, de sentido más bien estático– hacia un concepto de frontera –un espacio, discontinuo e inestable, en esencia dinámico–, producto de la incidencia del accionar de actores transnacionales, convergiendo hacia territorio chileno. El giro en lo que constituye la idea de frontera envuelve la relación de ambos países. Algunos componentes fuertes que dieron argumentos a aquel tránsito en las percepciones, se plantean partiendo de la observación en torno a que la clásica amenaza representada por el estado vecino y los subsecuentes conflictos propiamente limítrofes, buscarían un cauce posibilista, aunque no menos arduo, en pro de soluciones jurídicas y políticas. Ello se revistió de mayor compromiso y dificultad porque se superpuso con el temor que emergió en sectores de gobierno y de las sociedades ante la aceleración de una novel modalidad de circulación de personas e ideas a través de la frontera binacional,

---

[12] Joaquín Fermandois, *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2004, pág. 123.

y de las fronteras en naciones circundantes con individuos y grupos portadores de un internacionalismo, en gran parte, de matriz revolucionaria.

Si desde mediados de la década del cincuenta se reinician episodios de conflictos limítrofes de corte geopolítico (tradicional), de manera progresiva dicha forma de entender la frontera convivirá con la visión de esos confines como un ambiente favorecedor del contagio ideológico transnacional. Este último aspecto anuncia la gran paradoja del período en estudio, ya que la circulación transfronteriza de estudiantes, universitarios, gentes de la cultura, militantes y guerrilleros, incidirá –además de otros factores– en la aproximación entre los gobiernos democráticos de Frei y Allende y la dictadura argentina generando, en los últimos años del período estudiado, relaciones que llegarían a ser consideradas como «excelentes».<sup>[13]</sup> Desafiando al sentido común, el vínculo bilateral representa un ejemplo más de la riqueza histórica protagonizada en los espacios periféricos de la Guerra Fría, en este caso en Sudamérica. La investigación excede las relaciones argentino-chilenas, para situarlas en un contexto regional convulso, dentro de un escenario global de contienda de superpotencias, extendida a aspectos no solo políticos de los mundos aledaños, sino también sociales, culturales y económicos, convirtiendo al enfrentamiento en un proceso de opciones excluyentes. Como en otros lugares, el devenir de los acontecimientos se solapó en el entorno latinoamericano con procesos previos, que la literatura reciente señala como la «larga Guerra Fría de América Latina», empalmándose con el «ciclo centenario de reforma y revolución».<sup>[14]</sup> Durante mucho tiempo el

---

[13] «De la diplomacia», revista *La Nación*, Buenos Aires, 19 de junio de 1971, pág. 29. El embajador de Chile en la Argentina, Ramón Huidobro, afirmaba: «Si en estos momentos tuviese que calificar a las relaciones entre nuestro país y el suyo, usaría la palabra excelente (...) el intercambio en 1970 arañó los doscientos millones de dólares». Expresivo término que, pocos años después, utilizaría el politólogo francés Alain Rouquié, en *Pouvoir militaire et société politique en République argentina*, París, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1978, y en las sucesivas ediciones aparecidas en español desde 1982, tituladas *Poder militar y sociedad política en la Argentina. 1943-1973*.

[14] Gilbert Joseph, «Border crossings and the remaking of Latin American Cold War Studies», en *Cold War History*, n.º 19 (2019), pág. 1. Véase también

nivel macro de la disputa Estados Unidos-Unión Soviética, tendió a invisibilizar «otros circuitos», a través de los cuales se relacionaron actores en apariencia antagónicos, es decir, la trastienda del conflicto.<sup>[15]</sup> Una gradual renovación historiográfica, que alcanza el ámbito iberoamericano, ha ido generando una trama que enriquece aquella visión tradicional sobre la Guerra Fría, dotándola de mayores dosis de independencia y de pluralidad de las políticas exteriores que, en la misma época, se consideró como una «diversificación de sus vínculos de dependencia».<sup>[16]</sup> Se trata de sugerentes aportes que develan actuaciones consideradas secundarias, pero que revistieron significativos grados de autonomía.<sup>[17]</sup>

---

Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2018.

- [15] Como ejemplos significativos de ese análisis casuístico, podemos mencionar las obras de María José Henríquez, *¡Viva la verdadera amistad! Franco y Allende, 1970-1973*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2014; Haruko Hosada, *Castro and Franco. The backstage of Cold War diplomacy*, Londres, Routledge, 2019.
- [16] Luciano Tomassini, «Tendencias favorables o adversas a la formación de un sistema regional latinoamericano», en *Estudios Internacionales*, vol. 8, n.º 29 (1975), pág. 4.
- [17] Aunque el caudal de literatura es ya muy considerable, distinguimos los aportes de Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2011; Tanya Harmer, «Brazil's Cold War in the Southern Cone, 1970-1975», en *Cold War History*, vol. 12, n.º 4 (2012), para dimensionar los roles asumidos por Cuba y Brasil en la defensa y desestabilización del gobierno de Salvador Allende; Piero Gleijeses, *Visions of Freedom: Havana, Washington, Pretoria and the Struggle for Southern Africa, 1976-1991*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2013, que aborda la independencia en las acciones de Cuba en África; Ariel Armony, *Argentina, the United States, and the AntiCommunist Crusade in Central America, 1977-1984*, Athens, Ohio University Press, 1997, sobre el quehacer argentino en Centroamérica; el ambivalente y paradójico accionar exterior de México que analiza Renata Keller, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015; la política exterior de Italia hacia el Tercer Mundo, en Elena Calandri, «Italy, the developing world, and aid policy, 1969-1979: the "historic compromise" and Italian foreign policy», en *Cold War History* (2019), pág. 9, o hacia Chile que desarrolla Raffaele Nocera, «Las relaciones diplomáticas y político-partidistas ítalo-chilenas durante el gobierno de Frei Montalva», en *Historia*, vol. II, n.º 42 (2009). También contribuciones propias, Beatriz Figallo y María José Henríquez, «Geopolítica y asilo. Juego de intereses

En lo regional, dicha corriente revisionista incluye el estudio del factor transnacional –o «giro transnacional»– y el análisis relativo a ideologías y movimientos políticos de izquierda y de derecha,<sup>[18]</sup> así como el impacto generado por experiencias latinoamericanas en otros lugares del mundo y los cruces e influencias recíprocas.<sup>[19]</sup>

Este viraje viene a dar luz a otra esfera algo invisibilizada en donde el principal responsable ha sido el estado y su centralidad como actor y marco referencial. Siendo la presente una historia escrita desde el estado y sus intereses, lo es a través de sus interrelaciones y de factores que lo trascienden. Asumimos el ánimo de mirar por debajo de las «corrientes dicotómicas». Por ello, nuestro trabajo incorpora aspectos de las distintas tendencias de investigación mencionadas; esto es: la relación entre supuestos «antagonistas» de la Guerra Fría –como democracias progresistas y dictaduras anticomunistas–, las búsquedas de ciertas autonomías en lo subregional y el impacto transnacional del trasiego insurgente entre los países del Cono Sur en la formulación de sus políticas exteriores.

---

y principios en la relación argentino-boliviana, 1969-1972», en *Revista de Historia y Geografía*, n.º 45 (2021); María José Henríquez, «Salvador Allende entre dos dictaduras: Chile, Argentina, España y las paradojas de la Guerra Fría Iberoamericana, 1970-1973», en *Historia Actual*, n.º 62 (2023) y María José Henríquez y Beatriz Figallo, «Salvador Allende and Argentine Military Rule: Domestic Politics, Geopolitical Factors and Transnational Dimensions, 1970-3», en *Journal of Latin American Studies*, vol. 55, n.º 2 (2023).

- [18] A modo de ejemplo João Fábio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky (eds.), *Circule por la derecha: percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Buenos Aires, Ediciones UNGS, 2016; Ernesto Bohoslavsky et al. (eds.), *Pensar as direitas na América Latina*, San Pablo, Alameda Casa Editorial, 2019; Aldo Marchesi, *Latin America's Radical Left. Rebellion and Cold War in the Global 1960s*, Cambridge University Press, 2017; Aldo Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019; Mariana Perry, *Exilio y Renovación. Transferencia política del socialismo chileno en Europa Occidental, 1973-1988*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2020.
- [19] Por citar algunos trabajos: Lily Pearl Balloffet, «Argentine and Egyptian History Entangled: From Perón to Nasser», en *Journal of Latin American Studies*, vol. 50, n.º 3 (2018); Fernando Camacho Padilla, *Suecia por Chile: una historia visual del exilio y la solidaridad, 1970-1990*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2009; Alessandro Santoni, *El comunismo italiano y la vía chilena. Los orígenes de un mito político*, Santiago de Chile, RIL editores, 2011.

Tras este introito explicativo, cabe decir sobre la presente obra que la misma está estructurada en torno a dos cuestiones. La parte primera aborda los años de la presidencia de Eduardo Frei Montalva y sus nexos con una Argentina que ensayaba soluciones para resolver el problema de la gobernabilidad posperonista en lo interno y comenzaba a recibir la diseminación del comunismo proveniente del exterior, generando una conflictividad que se sumaba a la resistencia protagonizada por el movimiento popular proscrito. El segundo apartado del libro busca aproximarse al crucial período que protagoniza Salvador Allende al encabezar el gobierno de Chile y a su aún más sorprendente política de vinculación con la dictadura argentina, coincidencia que se hará visible con el mandatario de facto, el general Lanusse. El trabajo está argumentado sobre la base de un plexo de documentación archivística chilena y argentina, así como la generada por los agentes de la política exterior de España, que aunque a priori pudiera parecer extravagante al trabajo, constituye un aporte valioso por el interés político, ideológico y económico que el régimen franquista y su diplomacia tenían respecto al Cono Sur y a la injerencia de superpotencias en la región.<sup>[20]</sup> La combinación se suma así a las indagaciones que han superado la prioridad otorgada a los registros documentales estadounidenses, generadores de reconstrucciones paradigmáticas sobre los acontecimientos del período, pero que opinamos, no son las únicas explicaciones posibles. La investigación también se nutre de numerosas fuentes hemerográficas, testimonios de primera mano y una amplia literatura histórica elegida. Es fruto de una larga indagación en repositorios iberoamericanos, pero a la vez producto de una puntual pesquisa que ha tenido por propósito dilucidar el tiempo de una extraña y pragmática coincidencia de opuestos en las políticas exteriores de la Argentina y Chile.

---

[20] Una versión previa de este trabajo obtuvo la primera «Mención honorífica a la Investigación 2024», de la Red de Archivos Diplomáticos Iberoamericanos (REDI). Su publicación ha sido posible con la colaboración y el apoyo de la Unidad Ejecutora en Red del CONICET, el Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI) y de su directora, María Cecilia Míguez y del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y su directora, Dorotea López Giral.